

peces mudos

Rosario Lázaro Igoa



Peces mudos

-

Rosario Lázaro Igoa

Peces mudos
Rosario Lázaro Igoa

Criatura editora, primera edición, Montevideo, 2016.
120 páginas: 13,5 × 21 cm.

ISBN 978-9974-8533-7-9

Narrativa

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© Rosario Lázaro Igoa, 2016.

© Verbum - libros SRL, 2016.
Bacacay 1318 bis, Montevideo

www.criaturaeditora.com.uy
criatura@criaturaeditora.com.uy

Diseño: Juan Odriozola
Ilustración de cubierta: Gabriela Sánchez
Corrección: Camila Guillot

Impreso y encuadernado en
Gráfica Mosca
Guayabo 1672 - Tel.: 24083049
Montevideo - Uruguay
Depósito legal . - Comisión del papel
Edición amparada al decreto 218/96

Halley

Con los hermanos hay que llevarse bien, decía mi padre cuando éramos niños y nos peleábamos todo el día. Después bajábamos a la playa y le pedíamos que nos llevara nadando hasta las rompientes, lejos de la orilla. Nací en Salto, universo de las naranjas, en 1981. Durante toda la infancia, recité: «Mi cumpleaños es el 6 de octubre de primavera», como si la estación del año fuera determinante de algo. Mi hermano vino al mundo cuatro años después, cuando ya nos habíamos mudado a La Paloma, lugar que se ha sedimentado para ambos como lo más parecido a un origen. Esos primeros años de vida en el balneario son hoy unas pocas imágenes, tenues, tan distintas de los recuerdos de la escuela, el ballet, la natación, el orden consecutivo al que se somete desde temprano a los niños, y que va formando una historia un poco menos resbaladiza. Antes de eso, la oscuridad y un par de destellos. A veces, me gustaría ver ese tiempo, familia de cuatro al sol brillante del verano, o soportando los inviernos llenos de buzos de lana; poder acceder a esa caja negra en la que se transformó la memoria de los primeros años en el balneario. También me inquieta saber de qué se acuerda mi hermano, si esos instantes le quedaron grabados tanto como a mí, o si es todo una ilusión diferida, una forma de saberse resguardada por el peso del pasado.

El primer recuerdo es de la época de hija única. En la memoria es apenas un flash. Tal vez sea del momento preciso

en que nos estábamos mudando, pero también puede ser un recuerdo breve de cualquier otro viaje por una ruta desolada. De todas formas, la imagen es precisa: un camión lleno de muebles va adelante del auto en el que viajamos con mis padres. Viento, sol y frío de invierno pleno, el campo deslucido por la ventana del auto, contra la que aprieto la cara. Y nada más tiene esa molécula de pasado.

A La Paloma, según los cuentos de mi madre, llegamos en julio del año 1984. La última parte de la ruta sin línea amarilla, y sin banquina, que llevaba al entonces pueblo pesquero, debe de haber sido eterna para el matrimonio joven que decidía enfrentar la furia del Atlántico Sur. Al llegar, tal vez hayamos ido directamente al apartamento que mi padre había alquilado por teléfono. Sé que hubo que acomodar demasiados muebles en tres piezas ínfimas. Es probable que el aire estuviera helado y que el viento soplara sin descanso, como enseguida aprendimos que se comportaba el clima en el origen de la Ruta 15. Supongo que apenas terminó la mudanza, mi madre debe de haber fumado un cigarrillo hasta aplastarlo en el cenicero de metal con forma de monstruo, el mismo que descartó veinte años después, cuando dejó de fumar y mi padre se fue de casa.

Son pocas las fotos de esos primeros meses: una fiesta en la que los niños terminaron bañándose en el mar helado (mi cara zambulléndose en el mar es de una felicidad exultante), otra del puerto cuando íbamos a ver los veleros de banderas del mundo en el muelle de madera, y los barcos en el de hormigón. Por esa época, la industria pesquera estaba en auge. Buques rojos con nombres de mujer pintados a ambos lados de la proa se internaban en el mar, los mismos que luego se oxidaron hasta desintegrarse en una duna que la falta de dragado formó en pleno puerto. Pero al princi-

pio, las fábricas de procesamiento de pescado florecían en ese pueblo del Atlántico. Muchas familias decidían dejar sus casas tierra adentro para probar suerte. En el apartamento de arriba, vivía una familia con tres hijas, que pronto fueron mis amigas. Hay una foto de nosotras cuatro, en un cumpleaños. Creo recordar que el padre de la familia era gordo y tenía una calvicie inusual para los padres de aquellas épocas. Trabajaba en Astra, como la mayoría de los adultos que yo conocía. Desde cada tardecita, el faro siempre iluminó el cielo con su luz intermitente.

Hay también una foto en la que, parada en una silla, le hablo a mi madre con el porte de una mujer adulta. La sacó mi padre, desde el living hacia el balcón. Ella está embarazada ya, y tiene una sonrisa calma. No tengo conciencia de haber vivido ese momento, ni de nada que tenga que ver con los nueve meses de espera de mi hermano. Su llegada al mundo aparece fragmentada en el almuerzo de tíos y primos en el que mi madre rompe la bolsa, el perfume que mi tía me regala diciendo que lo había traído el bebé desde la barriga, y la polaroid que una abuela nos saca a los tres, madre, bebé y yo, arriba de un montículo del jardín de su casa, donde después plantó una magnolia. Siento hasta hoy la fascinación con la imagen que se formaba mientras sacudíamos el papel que escupió la cámara. Meses después, mi madre pedía que le alcanzara un peine para el bebé. Tengo plena certeza de que agarré un cepillo de cerdas duras, lo escondí en la espalda y lo pasé de pronto por la cabeza de mi hermano sin que ella pudiera ver. Una mueca de horror arrugó la cara del bebé. El rezongo no tardó ni un segundo en llegar, y tuvo el sabor de esa contención del castigo a la primogénita repleta de celos.

El apartamento quedaba frente a las Canaletas del Faro, una playa de arena gruesa y rocas alineadas de norte a sur,

paralelas, como si un día la tierra se hubiera abierto en llaga, dejando salir esa cicatriz de roca áspera y grisácea. Y entre las rocas se formaban piscinas con algas, cangrejos y peces que los niños intentábamos pescar sin éxito. Un día mi padre, que todavía trabajaba una semana al mes en Salto, volvió con paletas de azúcar que había enviado de regalo mi madrina. Esa misma tarde, fuimos a comerlas al muelle entre las rocas, los cuatro sentados en esa tira angosta de hormigón, con los pies colgando sobre las piscinas naturales, y disfrutando del dulce empalagoso de aquel regalo. O quizás la paleta era una sola, y mis padres nada más conversaban, y mi hermano estaría en brazos de alguno de ellos dos. Hoy es como si el azul del mar fuera tan brillante como el del caramelo coloreado, un sabor intenso y punzante, igual a la espuma blanca contra las rocas o el viento en la cara.

Pero al caer la noche esa misma playa se transformaba en un escenario de pesadilla. Las rocas se volvían monstruos de formas amenazantes, dispuestos a subir los dos pisos que separaban nuestro apartamento del suelo, arrancar las mantas que nos tapaban y devorar hasta el último de nuestros huesos. El viento animaba a esos seres macabros, haciendo oscilar las sombras por entre las olas, despeinando sus crestas y lanzándose contra la costa. La cuna de mi hermano ya estaba en el que había sido mi cuarto hasta entonces. Los muñecos se alineaban en una estantería de metal, donde también estaba la estufa a cuarzo, que terminó quemándole la espalda a mi oso de peluche preferido. Contra la ventana, la cuna contenía el cuerpo de bebé, blanco y con una pelusa rubia sobre la frente, que no lloraba, o al menos no recuerdo escucharlo, es todo silencioso mi recuerdo. Debe de haber sido un invierno largo, de pañales de tela puestos a secar frente a la estufa, de idas en bicicleta al jardín de infantes.

Recuerdo el día en que vino alguien a avisar que había muerto mi tío, los ojos desdibujados de mi madre, mis preguntas sobre traerlo de nuevo a la vida, y también la noche en que desperté en plena madrugada, abrí la puerta del cuarto y caminé hasta la cocina, sintiendo el piso frío con los pies descalzos. Esa precisa vez en que abrí la heladera y ahí estaba un pote de vidrio lleno de gelatina y pedazos de fruta. No sé si comí la gelatina o si me quedé mirando esa superficie temblorosa, rosada transparente como una aguaviva, pero sé que el silencio desde entonces puede estar poblado por el ruido de las olas, que son parte de la mudez de la noche.

El verano siempre fue otra cosa, una ficción que duraba tres meses. Traía aguavivas de verdad, familiares de visita, picnics en la playa Solari, a la que se bajaba con el auto, sándwiches de salame y tomate que siempre se llenaban de arena, y olor a bronceador de coco. De noche, los insectos se agolpaban alrededor de la bombita de luz del balcón. A veces también venían los bichos de luz, y entonces yo corría a buscar un frasco de vidrio donde guardarlos. Una vez, junté tantos bichos de luz que el frasco parecía una lámpara desesperada. Después de un rato se empezaron a morir; el frasco perdía su luminosidad, cada vez más opaco.

Ese verano de 1986 giró en torno al pasaje del Cometa Halley, y a los avances motores de mi hermano, que de un momento a otro se largó a caminar. Su cuerpo ganaba agilidad día tras día, ocupaba el espacio de aquel apartamento diminuto, y se expandía en una presencia que me generaba entre fascinación y celos.

Las noticias solo hablaban del cometa, que mis padres trataron de ubicar durante días. Pasaba el tiempo, y ellos hablaban de la tristeza que sería perder la chance de verlo. Consiguieron unos binoculares, ponían las sillas de playa

en el balcón, hacían turnos mientras mi madre cocinaba o mi padre terminaba el trabajo que siempre traía a casa. Mi hermano corría de un lado a otro, agarraba la tapa de las ollas, escalaba los sillones, y volvía a correr. Una noche, mi madre encontró la estrella con velo, el pequeño cometa de la órbita de los setenta y cinco años. Sentada en el sofá, donde yo dibujaba, escuché su grito de emoción y cerré los ojos. No me moví. Lo imaginé como un cometa fulgurante, como una gigantesca bola de fuego iluminando el cielo. El miedo me inmovilizó. Pasaron los minutos y me llamaron de nuevo. Sin que pudiera hacer nada, mi padre vino hacia donde estaba, me aupó y caminó hasta el balcón. Mamá sostenía los brazos regordetes de mi hermano, que se equilibraba sobre sus propias piernas. Un perro ladró en la esquina, bajo el farol de luz de mercurio, y entonces papá señaló el cometa en el cielo, mientras yo apretaba los párpados, juntándolos con fuerza, para no verlo. Él hablaba como si todos estuviéramos siguiendo la trayectoria del punto en el cielo, y cuando se dio cuenta de que yo no miraba, pronunció unas palabras que lejos de convencerme, se han condensado como lo más cercano a la idea del paso del tiempo y de la muerte: «Aprovechá para verlo ahora, porque dentro de setenta y cinco años tal vez no estés viva o seas tan viejita que no lo distingas de una estrella común y corriente».

A pesar de la insistencia de mi madre, él no le sacó una foto al cielo, alegando que no tenía un trípode para que se pudiera llegar a ver algo.

Después del cometa, del fin del verano, y de que mi hermano decidiera hacer incursiones cada vez más largas por el barrio, y de no responder cuando lo llamábamos, la vida pareció transformarse en una carrera de bicicletas, en la que cada pedaleada aceleró más y más las cosas. Tal vez porque

tenía un sueldo un poco mejor, mi padre también empezó a sacar más fotos: sus dos hijos vestidos para ir al primer día de escuela, el perro bóxer que nunca aprendió nada, muchos cumpleaños festejados en el bosque de Santa Isabel, la parada en la esquina de casa, donde tomábamos el ómnibus para ver los partidos del baby fútbol en Rocha, las variaciones del corte de pelo taza al que mi abuela sometía a su nieto, las clases de navegación, la primera tabla, los viajes a Argentina en los que aparecemos con la misma ropa durante un mes, mi madre con un cigarrillo siempre entre los dedos.

Hace poco, semanas tal vez, volví al balneario. El mar tragó los muelles de cemento que había entre las canaletas de rocas y nadie los ha reconstruido. Nuestra casa es otra. En el apartamento no estuvimos mucho tiempo más, y cuando mi hermano cumplió dos años ya estábamos en una casa de ladrillo y techo de quincha que hasta hoy llamamos «casa». Ya no me acuerdo de la última vez que un ómnibus paró en la esquina. Mientras cocinábamos, un mediodía, le comenté a mi madre sobre la nitidez del primer recuerdo, el de la mudanza, la ruta a través del campo, el camión adelante y nosotros atrás.

—Hizo más de treinta años el invierno pasado, ¿no?
—quise confirmar.

Vi la sorpresa en sus ojos, antes de que respondiera:

—Pero si a vos te trajeron en ómnibus unos días después.

Primera parte

- Dos perros 9
- Los diques 27
- Piures 35
- La pérdida de los ojos 41
- Condiciones para la vida 49
- Peces mudos 53

Segunda parte

- Halley 61
- Gatos de la cuadra 69
- Las gallaretas 73
- 21 grados 81
- Lo esencial es completamente visible a los ojos 87
- Chamizo 93
- Lengua de cascarudo 103

Peces mudos

Rosario Lázaro Igoa

El ruido invencible del avance del agua va permeando estos trece cuentos como en una inundación que al principio se filtra apenas por debajo de la puerta y termina por tragárselo todo. A merced de la costa o del pantano, los personajes están sumergidos en mundos opresivos de mutismo animal, con la naturalidad de lo cotidiano y el estoicismo de los minerales. Los protagonistas cambian de una historia a otra pero es fácil entrar en sus hábitats y reconocerlos, casi siempre parcos, con el carácter oxidado por el aire salino del océano. El paisaje de la infancia se cruza con la narrativa madura y sutil de la autora de estos cuentos a cielo abierto que, sin embargo, hurgan sin recelos en lo subterráneo.

«A pocos metros, pero ya dentro del barro, los colores se van opacando, las texturas se granulan, se hinchan, y, más adelante, con el tiempo, empiezan a descomponerse. Es un proceso forzoso de desaparición que tiene un olor bien característico...»



criatura EDITORA

ISBN: 978-9974-8533-7-9



9 789974 853379